

Julio 1915).

ALGO SOBRE LA CIVILIZACIÓN

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1915.

Es ya antiguo lo de distinguir entre civilización y cultura, llegando algunos hasta contraponer en cierto sentido ambos conceptos sociales. No hace mucho que me escribía un ruso diciéndome que Rusia es un país culto aunque no bastante civilizado, mientras que Alemania es un país civilizado, pero inculto. Y sea cual fuere mi idea respecto a la verdad o falsedad de su aserto, entendí muy bien lo que me quería decir el ruso. El cual entendía por cultura algo íntimo, lo referente a humanidad—mejor sería decir cristiandad—de sentimientos, a finura de sentido moral, a delicadeza y cordialidad de afectos, y entendía por civilización lo externo, la organización, el orden, la policía urbana, la higiene, etcétera.

Pero resulta que esta distinción entre ambos conceptos no está universalmente admitida, sino que más bien reina una gran confusión en lo que a eso se refiere.

Son precisamente los alemanes los que han dado más curso y más validez tanto al vocablo como al concepto de cultura, hasta tal punto que ha llegado últimamente a hacerse famosa la «Kultur» germánica, la cultura con K mayúscula. Tanto han abusado de ella. En cambio la voz «Civilisation» nunca ha logrado gran favor entre ellos. El énfasis de este término: «civilisation», ha sido más francés e inglés. Y junto a él tenemos la «civiltà», la civilidad italiana, que adquiere otro matiz.

¿Cómo es que la ciencia alemana ha acentuado tanto lo de cultura y ha postpuesto en cierto modo lo de civilización? ¿Es que denotaba con ello que el pueblo germánico aspiraba a algo más íntimo, a algo más espiritual, que el sentido civil, o sea democrático, que la civilización implica? Parece más bien que se trata de otra cosa. Parece más bien que la civilización se refiere a la ciudadanía y la cultura con el profesional, con el técnico. Un químico, un matemático, un médico, muy cultos, como tales, pueden ser detestables ciudadanos.

En todo caso conviene tratar de definir y precisar términos, pues acaso la filosofía no sea más que un lenguaje perfeccionado.

Si empezamos por el más inmediato valor lingüístico del vocablo, nos encontramos con que civilización deriva de civil y civil—«civillis»—del latín «cives»: ciudadano. La civilización es, pues, lo propio del ciudadano y lo propio de la ciudad. Y así se enfrenta, en primer lugar, con la ruralización, con lo propio de los rurales y de la estructura social campesina. Y no ya sólo en su forma más ruda y primitiva, en la de la rusticidad de las que se llamaron, ahí, en la Argentina, las montoneras, del ganchaje que ha habido ahí y en todas partes. Y le hay aquí. Fué el sentido que Sarmiento daba a la voz civilización cuando la contraponía a la de barbarie, a la barbarie de Quiroga, del Chacho, del mismo Rosas. Y entre nosotros, aquí, en España, cabe decir que las guerras civiles contra el carlismo lo fueron contra la ruralización, contra las montoneras silvestres y selváticas.

Pero hay una forma de ruralización más refinada, cual es la de los grandes o pequeños propietarios latifundarios—pues el latifundio, a pesar de la composición etimológica de la palabra, no depende de la extensión

Hay una organización feudal que en el fondo es anticuadana. Es la organización que defienden los «Junker» prusianos, los nobles campesinos—«hobereaux», halconetes, como se les llama en francés—de la Prusia oriental. En Alemania hay grandes ciudades, es decir, grandes urbes pobladas de gran número de hombres y un enorme desarrollo industrial, mas sin embargo, aparece en su política predominando el sentido conservador, a la vez que agresivo, del feudalismo ruralista. Su mismo socialismo de estado es de inspiración ruralista.

En otro sentido civil se opone a eclesiástico, equivaliendo casi a laico. Lo civil y lo laico se identifican muy a menudo. Y cuando alguien ha dicho que hay que civilizar la religión cristiana, no ha querido decir

otra cosa—si no que es preciso desamortizarla del dominio clerical, deseclesiastizarla, hacerla civil. Lo que acaso quienes mejor lo hayan cumplido han sido los cuáqueros suprimiendo todo sacerdocio, toda casta eclesiástica, todo especialismo religioso. Con esa fórmula sólo se ha querido decir que la religión no puede ser objeto de especialización ni de técnica profesional, que no es admisible ministerio sacerdotal, que en ningún caso ha de admitirse a un hombre como mediador entre otro hombre y Dios. Principio cardinal de la Reforma, pero que no siempre ha llevado a efecto el protestantismo que a su modo mantiene algo con el sacramento católico del orden y más que algo de jerarquía eclesiástica. Y en este sentido civil o laico, como opuesto a eclesiástico se entiende que el ciudadano como tal, en cuanto ciudadano, tiene plenitud de función política y de función religiosa.

Y otro sentido en que oponemos la civilidad a una profesión especializada a una casta. Es cuando hablamos de civil por oposición a militar. Porque los militares pueden llegar a constituir y de hecho en algunas partes constituyen una casta. Y cuando los militares llegan a constituir una casta—mantenida por herencia o por selección—amenazan los fundamentos mismos de la ciudadanía, de la civilidad y de la civilización. Ya en forma de pretorianismo, ya en formas más refinadas.

Decimos pretorianismo cuando son unos cuantos soldados que se sobrepone al pueblo, como ocurrió en la decadencia romana. Pero si el pretorianismo gana al pueblo todo, si éste acaba por someterse, acaso de grado y con buena voluntad a él, si toda una nación se deja convertir, por unas u otras razones, en un gran cuartel y declara, que su prosperidad depende ante todo del ejército, no por eso deja de arruinarse en ella la verdadera ciudadanía y con ésta la civilización.

Fué el caso de Esparta en la antigua Grecia. Y hay que leer en el discurso que Tucídides pone en boca de Pericles al hacer el elogio de los muertos—libro II, capítulos 35 a 46—discurso que es un impecadero programa de democracia, las frecuentes alusiones contra el militarismo espartano. En este maravilloso discurso pone de relieve el gran hombre de estado ateniense como ellos, los atenienses, no habían necesitado someterse a una disciplina militar rígida y de ceño fruncido descuidando el libre goce de vida y de la libertad, como gozaban de más fiestas, de más distracciones, y sin embargo, llegado el momento de peligro sabían defenderse tan bien como los profesionales de la agresión sabían atacar. «Nuestra ciudad está abierta para todos

—decía—no expulsamos a nadie para impedirle que vea o se entere de lo que haya por temor de que algún enemigo se aproveche viendo lo oculto, pues no flamos tanto en las preparaciones y los engaños como en el valor cuando llegamos a la obra». Y es que Pericles entendía que no vale lo que cuesta ni lo que rinde el pasarse la vida, en rigor, sin vivirla como un libre ciudadano, preparándose para la guerra. «Ellos—añadía el gran ateniense—se educan desde jovencitos, con penoso ejercicio en adquirir valor, pero nosotros que vivimos más libremente, no arrostramos con menor brío los peligros». Y en seguida pone como prueba que cuando los lacademonios vencían a una parte de los atenienses se jactaban de haberlos vencido a todos, y si por el contrario, eran vencidos por una parte de éstos, decían haberlo sido por todos ellos. Que el espartano era jactancioso y embustero. Como que le enseñaban a mentir por ardid de guerra, ya que toda la moral espartana era una moral militarista, es decir, una inmoralidad. Porque es inmoralidad y no otra cosa, es barbarie, supeditar lo todo al fin de vencer.

«Y si vamos a arrostrar el peligro—decía Pericles—más bien con descuido que con ejercicio de trabajos y fiando el valor más a costumbres que a leyes, nos ocurre que no nos hemos fatigado de antemano con las penas venideras y que al llegar a éstas no nos mostramos menos valerosos que los que estuvieron siempre molestándose».

Lo cual parece, y de hecho es, una defensa del ejército improvisado ante el peligro—como el que tiene hoy Inglaterra en Flandes—y una condenación del largamente preparado. Tal vez Pericles entendía que aun en el caso de vencer no vale la pena de haber vencido a costa de no haber vivido una vida de libres ciudadanos, a costa del deterioro mental y espiritual que le trae a un pueblo esa preparación para la victoria. Y ahí está el ejemplo del pueblo turco. El cual no ha sido durante cinco o seis siglos nada más que una casta militar, un campamento asiático y musulmán asentado en la Europa cristiana, y sin embargo, no ha producido nada en el orden de la civilización, ni un artista, ni un pensador, ni un hombre, ni una obra.

Decía Ganiwet que el pueblo español fué, en sus tiempos de agresividad y de dominio, un pueblo guerrero, mas no un pueblo militar. La distinción era muy difícil de establecer en cada caso y tal vez peca de sutil, pero cabe hacerla. Hay pueblos que al ser invadidos por otros—como el español por los moros—no se someten y se defienden y guerrear y no cabe decir, sin embargo, que sean pueblos militarizados. La militarización supone una organización sistemática para agredir y es propia de los pueblos de presa. Aquí, como en otras muchas naciones, el pueblo se hizo belicoso y guerreó defendiéndose cuando fué atacado y guerreó también, en guerra civil, en nuestras luchas intestinas pero cuando nuestros reyes fueron a pelear en Flandes y en Italia llevaban ejércitos mercenarios y no a la nación en armas.

Tropas de Carlos I, tropas de Felipe II y de sus sucesores iban a luchar en aquellas tierras, pero no en rigor el pueblo español. Este luchó aquí hace un siglo, en la guerra de la independencia para rechazar a los ejércitos de Napoleón. Y pulularon entonces los guerrilleros, los caudillos improvisados, los guerreros que no lo eran



de profesión ni de casta, como Espoz y Mina, como el Empecinado, como Jáuregui el Pastor, como Don Julián, como Porlier, como tantos otros. Y en cambio, los generales que dirigieron las campañas de Flandes y de Italia, al servicio de los reyes de nuestra casa de Austria, eran militares, eran profesionales.

Y es indudable que si el general de carrera, el profesional, el técnico de escuela militar, el de casta, resulta en término medio y a pesar de su pedantería de táctico y de estrategia—y apenas hay pedantería que supere a la de los militares, a quienes se les llena la boca con eso de la ciencia (!!!) militar,—resulta, digo, superior al guerrillero improvisado, que no lo sé, en cambio éste tiene un más vivo sentimiento de la ciudadanía. Como que su espíritu civil, el espíritu de la civilización, no ha sido ni oprimido ni pervertido por la disciplina cuartelaria.

Claro está que dada la situación actual de las relaciones entre los pueblos y el grado, no muy alto, de civilización, toda nación tiene el deber de no estar desprevenida para la contingencia de una guerra, ni fiarse de ensueños pacifistas, ni de contratos de derecho internacional; pero surge la cuestión de saber si una larga, intensa y costosa preparación para la guerra vale lo que cuesta. Si el pueblo alemán, que ha estado cuarenta años premeditando la guerra actual y preparándose para ella, resultase al cabo vencido, una de las cosas que quedaría demostrada es que los pueblos que contra él luchan, pueblos, sin duda alguna, más civiles, siendo ricos y fuertes y patriotas, han podido improvisar en poco tiempo mucho de lo que los otros traían preparado. Y han podido, en cambio, en esos cuarenta años cultivar su civilidad, su democracia.

El lamentabilísimo incidente de Saverne, sin contar los mil pequeños detalles de la insolencia militarista y del estiramiento de la casta profesional guerrera en Alemania, es algo que revela una profunda depresión de la civilidad y con ella de la civilización. Y en cambio, dígame lo que se quiera, las disensiones que dividieron a los franceses cuando el famoso «affaire» Dreyfus, y la libertad con que fue

discutida la justicia militar y el antimilitarismo mismo, revelaron un espíritu de civilidad, de gobierno propio, de democracia, que es el que le da al pueblo francés fuerzas para luchar contra su enemigo.

Yo no sé si de esta guerra saldrá un período de cansancio de guerra y de odio a ella, un período de paz algo durable, y lo que vale más, un desarme relativo; pero si a esta guerra se sigue un descrédito de la larga y costosa preparación técnica militar y una convección de la enorme dosis de pedantería que hay en ella, no habremos ganado poco, no habrá ganado poco la civilización. Y es que, en rigor, con esa intensa educación militar, con ese convertir a una nación en una especie de cuartel, no se trata tanto de tenerla preparada para una guerra y en actitud de defenderse de un enemigo, cuanto de domeñar al pueblo, de mecanizarlo, de automatizarlo; o, dicho claro y redondamente, de estupidizarlo. El soldado tal como lo conciben esos enormes e insoportables técnicos pedantes de la estrategia y de la táctica, no es un hombre y, menos un ciudadano; no es más que un pobre esclavo. Y no vale la pena ni siquiera de vencer a cambio de esa esclavitud.

Hay quien se entusiasma, por ejemplo, con eso que llaman la fe ciega militar, la fe de los soldados en su jefe, la confianza en la victoria; pero a mí esa fe ciega, esa fe que no duda, si es que existe, me parece, como toda fe que no dude, impropia de hombres que lo sean. Una fe así sólo pueden tenerla los brutos irracionales o los hombres embrutecidos. Esa fe, sin libre examen—y es el pueblo del libre examen el que la exalta!—equivale a la renuncia a la ciudadanía y, por lo tanto, a la civilización. Y en cambio, si en ciertos casos un caballo, en vez de intentar el salto de un foso a que quiere obligarle a puro espolazo su jinete, le derribara a éste, me parecería que el caballo empezaba a ser racional, empezaba a ser hombre. Y nada hay que decir de esos pobres esclavos intimidados que avanzan hacia el enemigo huyendo, huyendo de sus jefes, ante el temor de que los fusilen por detrás si retroceden, de que les ametrallen sus compañeros si enarbolan bandera blanca o intentan rendirse. Que se ha leído estos días relato de semejante bestial inhumanidad. Eso y los voluntarios a la fuerza! Porque es gracioso leer en los desmañados y torpes alegatos germánicos acusaciones a Inglaterra y a Francia por haber llevado cipayos, senegales y argelinos a la guerra, como si Austria no llevase súbditos servios, rumanos e italianos, que maldito si han de ir de buena gana a batirse en pro de unas gentes a que detestan.

Parece muy difícil, por otra parte, poder cultivar a la vez con algún suceso las artes de la milicia y las de la civilización, y si algo explica el reconocido fracaso de la diplomacia germana, es que esa diplomacia se movía en un ambiente militar y bajo influencia militar. El que Bismarck no fuese completamente un hombre civil explica algunas de las consecuencias de su obra. Y una diplomacia que tiene que

supeditar sus trabajos a los de un estado mayor, es una diplomacia que está, civilmente, en situación de inferioridad. Se dice que fué el viejo Moltke quien por razones técnicas de estrategia obligó a Bismarck a dar una forma extrema a lo de la cesión de la Alsacia y la Lorena. Y siempre resultará una profunda equivocación la idea esa, que en estos días se ha atribuido a ese truculento pedante que se llama von der Goltz, de que la victoria lo borra todo y de que es el vencedor el que escribe la historia. No; la historia la escribe el más inteligente y el más inteligente no es necesariamente el que vence.

En estos días se ha hablado mucho del fracaso de las negociaciones diplomáticas de von Bülow en Italia y ese fracaso se habrá debido, de seguro, a que el estado mayor germánico le habrá hecho tratar al ex canciller como si tratara en nombre de un pueblo vencedor ya y sin admitir la hipótesis de una derrota. Alemania no podía aparecer necesitando en absoluto y a cualquier costa la neutralidad de Italia. Eso habría equivalido a confesarse débil y a quebrantar la tan cacareada fe ciega en el triunfo que dicen tener, tengan o no, los alemanes. En guerra como en comercio se vive de crédito y hay que hacer creer que no se teme para hacerse temer.

La famosa diplomacia bismarckiana nunca se distinguió mucho por la astucia, ni por la sagacidad ni por la perspicacia, sino más bien por la brutal franqueza de quien se apoya en la fuerza y amenaza. Y así no se desarrolla la inteligencia, presupuesto de la civilización.

¡Un pueblo fuerte se dice! ¡Ante todo un pueblo debe hacerse fuerte! Muy bien, pero vengamos a cuentas; ¿qué es un pueblo fuerte? Porque de cada cien veces que se habla de pueblo fuerte las noventa y cinco se alude a un género de fortaleza muy poco apetecible, a una fortaleza como la de un luchador profesional de boxeo. El cual luchador para conservar sus facultades se astringe a una vida en cierto modo ascética, a ejercicios continuados, a una higiene especial, a no abusar de ciertos placeres. ¿Pero vale la pena de todo esto para mantenerse campeón de boxeo? Máxime que puede muy bien ni ser por eso en general más fuerte ni más sano. No suelen ser los atletas los hombres de mejor salud, ni mucho menos.

¡Un pueblo fuerte! Sí, si con esto se quiere decir un pueblo de fortaleza de ánimo, es decir, de espíritu de libertad y de independencia moral y dispuesto, si llega el caso, hasta a rebelarse contra sus directores, un pueblo capaz, cuando le sea menester, de hacer una revolución civil.

Ahora está a prueba la fortaleza de los pueblos. Y ahora se va a ver si un pueblo que pasaba por ligero, por descuidado, por gozador de la vida, por algo disoluto, por rebelde a disciplina de cuartel, no resulta en el momento del peligro tan fuerte, tan sereno, tan disciplinado, tan dueño de sí como el otro que se estuvo, a expensas de la civilidad, construyéndose a un entrenamiento de atleta profesional y de campeón de cartel.

MIGUEL DE UNAMUNO.

[Faint, mostly illegible text in the bottom left margin, possibly bleed-through or a second column of text.]

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA GREDOS.USALES